

vidual, desde el primer momento establece ya las grandes líneas de su sistema en relación con el psiquismo, para luego analizar detalladamente cada función psíquica, no aisladamente sino en su vinculación constante con los ejes de su sistematización metodológicamente establecidos: la discriminación y la afectividad.—A. T.



UN LIBRO DE INDAGACIÓN MEXICANA

La vida del escritor está llena de sorpresas, unas agradables y otras de dolor. Como la de todos los hombres, se dirá. Convento. Mas la sorpresa gozosa y penosa, en nosotros, está compuesta por ese volcarse imprevisto de cosas que nos sacuden creadoramente.

Una de esas sorpresas tengo ahora en mi escozor literario frente a un libro que acabo de recibir. Trátase de «Vida y poesía», recopilación de ensayos breves publicados por la Editorial Ercilla, de Santiago de Chile.

¿Quién es su autor? Debo confesar que hace una semana ignoraba el nombre y la existencia de Mauricio Magdaleno. En el lugar respectivo me entero de que tiene varios libros, en especial «Teatro de la revolución», que parece ser lo más representativo de su labor. La cuestión es que yo no había leído una sola línea de Magdaleno, y ahora, después de sorberme sus ágiles y nutricios ensayos de la colección que comento, experimento por él una viva y entrañable atracción.

He gozado secretamente mi descubrimiento. Ponerse «al habla» con hombres de gran sensibilidad y de cosas substanciales, es uno de los grandes placeres de la vida. Este mío de encontrarse de pronto, como quien se lleva por delante una esquina, con un valor auténtico del cual no tenía ni sospecha, me proporciona un goce finísimo, muy de mi naturaleza esencial, y una inquieta

y reflexiva concentración. Lo primero por encontrarme a mí mismo en cuanto he pensado de muchas cosas de América—lo digo sin vanidad de ninguna especie—, dichas por este escritor mexicano con desdoblados matices en la expresión y una curiosidad de andanza y de penetración que sugestiona y enardece. Lo segundo—y aquí no hago sino insistir en viejas afirmaciones mías—por constatar una vez más cuán adistanciados y extraños vivimos los hombres de nuestro continente. Acaso el mismo Magdaleno desconozca, no obstante su avisada información, muchos aspectos de la vida literaria argentina. Con ello a muchos de sus valores de renovación. Y este hecho, que es de toda América, que nos duele en nuestra carne llagada, está revelando cuánto debiéramos hacer por restaurar ante nuestra propia conciencia una jerarquía continental de valores.

Mas volvamos a nuestro escritor y a este alegrón insistidor que nos ha proporcionado su libro. «Vida y poesía»—título que recuerda un tanto al famoso de Goethe: «Poesía y realidad»—ofrece los más variados y personales movimientos de la actividad cultural de América. Digo de la «actividad cultural» porque, por desgracia, según mi manera de ver, no tiene nuestro continente aun ese proceso definido y profundo que se llama una cultura. Magdaleno escarba en el corazón y el contenido de hombres, horizontes, tierras, tipos, paisajes y dramas continentales. A merced de sus ligazones, cruzan y desaparecen atisbos y sugerencias de rico valor emocional y social. Parece que el escritor, en pleno dominio de la técnica, de los ángulos ocultos de las cosas, se complace en construir en torno a su estructura íntima una naturaleza de lo momentáneo; es decir, que se adueña de la fugacidad de todo en un visible intento de expresar en todo lo que le hace falta para una fisonomía de lo posible y representativo de América. Esta labor, como es lógico, ofrece sus peligros, porque América, malgrado su juventud—y acaso por ella misma—no tiene perfiles fijos ni permitirá nunca, contra nuestra propia tortura estética y racial, que se la encierre en trazos perdurables

y decisivos. América es un hervor y una vocación; está en los más terribles encuentros de su destino, de su conformación, de lo mucho que quisiéramos extraerle en nuestro afán de perdurabilidad y de superación. Y ese estado, para ser más fuerte que su propio mandato de obediencia, impone que el espíritu se recoja heroicamente a fin de capacitarse en la dura disciplina de lo que cuesta lograr.

Como es claro, este escritor mexicano sabe en qué términos de ordenación y construcción ubica sus personajes ideológicos. Pinta a conciencia cuanto le dibuja su deseo, su intuición o sus fiebres sociales. En ese impulso sabe aliar bellamente las diversas dimensiones y sugerir las dimensiones de adentro, de las cosas totales. Así, ofrece cuadros de sus observaciones en una arrogancia de ardor y de sabor, de penumbra y de lucidez. Con ello, cuando quiere, decora su propia alegría estética, y aun le sobra materia gozosa y sabrosa para lo de su propia y sosegada natividad.

Una cosa encuentro admirable en Magdaleno: su destreza en los símbolos. Los maneja a través de su raza, de sus pasiones, de su curiosidad, de ese rico y exaltado sensualismo verbal y social que anima sus escritos. Yo definiría al escritor vital, del que se pierde en la dejadez de su remanso erudito, en que celebra el valor conmovedor y liberador del símbolo. Alguna vez dije que toda la eternidad del arte la esconde tal vez el mito. Ese descabro mítico en que la sensación o la realidad se escapan de sí mismas para ser algo más total, está constituido por la fuerza y la materia del símbolo. Un escritor—y un artista—es tanto más representativo y certero cuanto más se siente poseído por ese hechizo sagrado. De su temblor profundo, de su emergencia humanizadora, forma y espíritu vivifican el limpio candor en que un retazo de cualquier cosa puede transformarse en belleza completa. Y ese milagro no es sino del símbolo, que enciende todos los recodos del corazón y de la historia, sin duda para que ambos, a la vuelta de su propia belleza, perciban otro

temblor y otra agonía. Con ella, y junto a su inmensidad, arte, vida y artista pasan a otra leyenda más próxima al hombre que se humaniza en el símbolo

Con ese instrumental del espíritu ha elaborado Mauricio Magdaleno un libro de rica proyección continental. Sin duda no se propuso homogeneidad ensayística, ni pontificaciones engorrosas. Son ensayos, no obstante. Ensayos nutridos, livianos, con intención y expresión. El valor racial—de escritor de México—es que indaga y pormenoriza cosas y psicologías substantivas de su país. Yo veo lo mexicano ir y venir, con sabor, con temblor y hasta con olor. En algunos párrafos se le han metido las propias comarcas, los aromas y el cántico vernáculo. Es el surgir de la «otra cosa» instintiva, de la realidad subconsciente, que, por fuerza de negarla, se objetiviza, se pliega en formas sexuales. Y la raza se ejercita bien en su color de decir y de callar, de romperse y reconstruirse. Ahí explícate que el escritor, contra su propia incomprensión de no explicarse lo que sabe de antemano, destile formas y pedazos temblantes y ardientes.

Con todo ello hay que consignar su franca comprensión de las cosas sociales. Un dolor de ser y un dolor de esperar. Si América no quiere extraviarse, si necesita la virginidad de lo que aun no posee, necesita crear, dilucidar y combatir. El hombre es, por eso, el gran grito, la voz y el sentido. Con el hombre las formas futuras. Si crear es creer, Magdaleno cree, discurre en su fe social y exprime su fuerza para la nueva creación.

Personalmente celebro este encuentro dichoso. Ignoro qué cara tiene el escritor, qué rasgos presenta su escritura. Asimismo desconozco su grado de efusión y solidaridad. No me importa, empero. «Vida y Poesía» es cierta forma de autobiografía psicológica, de diario racial y social. A través de sus páginas, ardientes y meditativas, se quema un alma y celebra su gozo de artista. Todo eso es riqueza, conjunción continental y manos recias que buscan manos de combate.

Mendoza, mayo de 1936.—RICARDO TUDELA.